



ALMOSNA SU GAZDIN



Fot. ESPLUGAS

LEOPOLDO FRÉGOLI

NÚM. 29

UN MILAGRO



EN la Sagrada Escritura, Libro Tercero de los Reyes, se refiere cómo el Príncipe de los Profetas, Elías Thesbita, llegado á Sarepta, multiplicó prodigiosamente el puñado de harina y el poco de aceite de una pobre viuda, quien con ellos tuvo alimento suficiente para sí y para su hijo durante tres años y medio, hasta que llovió agua del cielo y cesó el hambre con que el Señor había querido afligir á Israel en castigo á las iniquidades del trono secundadas por el pueblo.

Digna como esa viuda gentil de las altas misericordias, fué indudablemente la viuda cristiana que años ha experimentó un portentoso semejante á aquel. Tuve la dicha de conocerla en su venerable ancianidad; y voy á hacer la narración del suceso conforme la oí de sus labios, que nunca manchó una mentira.

Había en Aumal, ^{**}(1) en la época á que este relato se contrae, una joven y hermosa señora, madre de dos niños tiernos, á quien presentaré bajo el significativo

(1) Con este nombre imaginario acostumbra la autora, por razones obvias, sustituir el de una importante ciudad del Perú.

nombre de doña Justa á mis lectores. Debido así á la reciente muerte de su marido como á uno de esos pleitos monstruosos que la elasticidad de las leyes humanas hace posibles, hallábase entonces en circunstancias pecuniarias muy estrechas, y tanto más angustiosas cuanto que ellas contrastaban con el desahogo de que previamente había disfrutado. Sin embargo, ayudada por su inteligente previsión y atinada parsimonia, se mantenía firme al borde mismo de esa sima que se llama *la miseria*, sima profunda, abierta en perenne bostezo junto á los hogares huérfanos y pobres.

Un dicho sentencioso asegura que «cuando la pobreza entra por la puerta, la amistad huye por la ventana»; y como en confirmación de esas palabras, el círculo de las relaciones de doña Justa, antes vasto, se había reducido considerablemente, porque la humanidad ha sido en todo tiempo y lugar la misma, llena de flaquezas y defectos, humilde con los soberbios y soberbia con los humildes... Entre las contadas personas que cruzaban esos umbrales, había algunas paupérrimas, para quienes la caritativa señora, cercenando su propia escasa provisión, siempre tenía á mano un pan, así como en sus labios, habitualmente contraídos por la amargura del cáliz apurado, solía haber dulces sonrisas y frases de miel para consolarlas; y aun cuando este rasgo del carácter de mi protagonista no hacía falta en la presente narración, he querido trazarle, porque él pone de relieve sus evangélicas virtudes.

Doña Justa, así desdeñada por los mismos que alguna vez la habían adulado, llevaba una existencia de retraimiento semimonástico, entre las cuatro paredes de su apartada casa, sin más compañía que sus hijos y una antigua criada, modelo de lealtad. Refugiárase su alma en el santo amor de aquellas criaturas como en una «isla de reposo en medio del mar de la vida» — para valerme de un tropo de Espronceda;— y allí la infeliz mujer, procurando «olvidar la tormenta que pasó» y hacer llevadera su soledad, esa infinita soledad moral que la viudez trae consigo, repartía sus horas entre el severo cumplimiento de sus obligaciones maternales, el desempeño de sus quehaceres domésticos y la práctica de sus ejercicios piadosos. Lo primero difundía tibia luz en su corazón y santa paz en su conciencia; lo segundo, á la vez que la entretenía, coadyuvaba á sus propósitos económicos; y lo tercero la colmaba de resignación para lo presente y de promesas para lo porvenir, porque el ángel de su fe, abriéndose paso entre la densa bruma, como el rayo de sol que taladra nieblas para besar la flor invernal en las faldas andestres, le señalaba en no muy remotas lejanías un vallecito idílico, verdadero jirón de paraíso, protegido contra los vientos por un hemiciclo de colinas amenas, á las que el ocaso ponía aureola de resplandores, y cobijado, cual por enorme campana de zafiro, por un trozo de cielo azul, donde las ligeras nubecillas simulaban, por su caprichosa forma y transparencia, alitas de medio ocultos querubines.

En mil ochocientos cincuenta y tantos, noticioso el Gobierno de cierto plan revolucionario en que se hallaban comprometidos varios departamentos de la República, destacó de la capital numerosas tropas en todas direcciones, con el fin de impedir la insurrección, ó de sofocarla á sangre y fuego, caso de que llegase á estallar.

A Aumal tocóle recibir, bien á su pesar, una fuerte división, cuyo Comandante General trajo, además, la orden terminante de duplicarla por medio de la leva; orden que empezó á cumplir así que hubo su gente descansado de las fatigas del largo viaje.

Lo mismo que si la llegada de la tropa hubiese equivocado á una plaga, tras el aumento de población y la leva, vinieron la grande escasez y la consiguiente carestía. Los víveres y la leña, en especial, subieron á las nubes, en razón de haberse ocultado los agricultores y leñadores indígenas, quienes, tímidos por naturaleza, se sintieron aterrados ante la nada halagüeña perspectiva del cuartel, la ordenanza, los crueles castigos y, lo peor, lo que podía sobrevenir si se realizaba el anunciado levantamiento.

En ese período de tremenda crisis, aumentaron las aflicciones de doña Justa, á quien los trabajos parecían empeñados en agobiar. No le faltaban enteramente las vituallas, porque, prevenida como de costumbre, á principios del año, es decir, poco antes, había empleado todos sus ahorros en abastecer su humildísima despensa; pero, en cambio, llegó la ocasión de que se viese desprovista de una miserable astilla con que dar pábulo á la lumbre. ¡Y mientras tanto sus hijos no tardarían en llorar de hambre!... Antes de resolverse á quemar uno de sus pocos muebles, que tan difícil le había sido reponer, doña Justa se postró gimiendo ante un cuadro que representaba al Eterno Padre, lienzo bendito que presidía su hogar y al que ella reputaba por egida protectora de su familia.

AQUEL que dijo:—«Buscadme, y me hallaréis»,—no tardó en acudir á la llamada de las súplicas. Aún permanecía de hinojos la señora, cuando vinieron á herir su oído tres aldabonazos consecutivos, dados en la puerta de la calle, que, como de costumbre, tenía cerrada. Sintiendo que el corazón le daba un vuelco, cual si quisiese avisarle algo extraordinario, se levantó y salió precipitadamente al zaguán, donde vió que por el postigo, abierto ya por su fiel criada, soltaba la cabeza un indio viejo, ofreciendo en su castellano churrado los veinticuatro haces de leña que sobre seis vigorosos jumentos había traído á vender á la ciudad. Doña Justa, admirando la que suponía extraña coincidencia, respondió con un suspiro:

—Mucho he menester la leña, compadre; (1) pero, desgraciadamente, hoy no tengo con qué comprarla.

—Eso no le hace, comadrita, —repuso el indio.— Te dejaré la leña, y volveré otro día por la paga.

Apenas pudo la señora manifestar su asentimiento con una ligera inclinación de cabeza, de tal modo la aturdió lo que le pasaba. No sólo encontraba inusitada la liberalidad en quien, por genialidad de raza, debía ser cicatero y desconfiado en su comercio con los blancos, sino que también creía haber notado una cierta luz, mitad juvenil, mitad sobrenatural, en las pupilas del indio, cuando éste expresó su generoso ofrecimiento, luz pasajera, fugitiva, instantánea, pero á cuyos fulgores esa cara de anciano, enjuta, apergaminada, casi rígida por la pétreo inmovilidad de los músculos, se le antojó á ella una simple máscara que tenía por objeto ocultar el verdadero rostro de quien la traía puesta.

Empero aquella idea se apagó ante la matealidad del indio que arreaba sus pollinos al patio cubierto de olorosa manzanilla y orillado de trepadores ñorbos ó pasionarias; del indio que descargaba la leña é iba apilándola fatigosamente en un rincón de la cocina.

Ocioso me parece gastar muchas palabras en referir lo que mis lectores habrán ya adivinado, esto es, que el leñador no volvió jamás por casa de doña Justa. Lo que sí seguramente no han alcanzado á imaginar es que la leña, bajo su exterior común de rajadas de capulí,

fué, por su resistencia, digna de haber provenido del monte Horcib, puesto que, gastada sin limitaciones inconvenientes, duró, á razón de haz por semana, los seis meses que aún tardaron las fuerzas opresoras en evacuar la ciudad.

Antes de concluir, y á modo de epílogo, diré que doña Justa no murió sin ver cumplida la promesa del ángel de su fe. Apoyada en los brazos de esos hijos cuyo corazón había sabido ajustar al molde de la virtud en medio de duras pruebas, llegó en su vejez al consabido vallecito idílico, verdadero jirón de paraíso, protegido contra los vientos por un hemicycleo de colinas amenas, á las que el ocaso ponía aureola de res-



plandores, y cobijado, cual por enorme campana de zafiro, por un trozo de cielo azul, donde las ligeras nubecillas simulaban, por su caprichosa forma y transparencia, alitas de medio ocultos querubines...

AMALIA PUGA DE LOSADA

Perú.

Ilustraciones de A. SERIÑA.

(1) Vocativo usual en el país en el trato con los indios.





VESTIR AL DESNUDO

Una de dos, ¿me sacas
como siempre la pañosa,
¿puedes decir que Ulatio
Fernández y Bergamota,
alias *el bate mantecas*,
bajó pá siempre á la fosa
del olvido voluntario,
por una mujer traidora,
sin dos dedos de cariño
ni dos pulgás de esa cosa
que llaman señá Jacinta.
Ven acá, ¿no te deshonra
ver á tu pasión volcánica
por el mundo, sin más ropa
que un pantalón y una blusa
como tela de cebolla,
dando á conocer al público
lo que á nadie se le importa?
¿no te da rubor, ingrata?
contesta; ¿no te acongoja
verme heladito de frío
sin un pitillo en la boca
ni dos sorbos en mi estómago
de recuelo ú café moka?
¿no te dice tu conciencia,
que ha llegado ya la hora
de sacar de ese presidio
esa capa tan hermosa,
con embozos de peluche
y paño color bellota,
que da calor á mi cuerpo
y ornamenta mi persona?
¿no he tenido por tu causa
lo menos cuarenta broncas
y no he colocao tu nombre
á la altura de tu honra?
Pues, si yo he hecho por tu cuerpo
estas y otras muchas cosas
¿no soy dizno de ponerme
esa capa tan hermosa?
—¡Y un jamón!

—¡Taday, ingrata!
tiés el corazón de *porlan*.
—Pero, oye tú, sinvergüenza,
¿pa qué vienes con historias

del año de la nanita?
cuando trabajas y cobras
y te gastas malamente
la mar de riales en copas
¿me das parte en el negocio?
¿disfruto de lo que cobras?
¿se te ha ocurrido algún día,
por casual, decirme, Alfonsa,
hoy vas á venir conmigo
á esta parte ú á la otra
á comernos esto ú lo otro?
¿se te ha ocurrido, di? ¡moscas!
antes te sacan la lengua
que obsequiar á mi persona.
—Me estás vertiendo concetos
y palabras injuriosas
llenas de rencor, y mira
bien lo que dices, Alfonsa,
que un hombre no es un silbato;
cállate y no seas tonta
y coge esa papeleta
y sácame la pañosa
y hazte la prudente y sufre
y abrevia y no seas guasona.
—¡Que yo no la saco he dicho!
—Anda, mujer, no me pongas
en el precipicio.

—Coges
la papeleta y te embozas
con ella, pa que te enteres
de una vez.

—¿De modo y forma
que te haces la lonqui?

—¡Claro!

—¿Y, por que á ti se te antoja
me quedo al sereno?

—¡Justo!

—Pues da gracias á que ahora
no tengo tiempo de darte
dos mangusás, pero anótalas
en la agenda de bufete,
que te las debo y las cobras.

—Eso darás tú, ¡vicioso!

—Pa mi has acabao ¡roñosa!

—¡Maldito el hombre que pierde
radicalmente la poca
vergüenza de que disfruta.

—¡Golfo!

—¡Amén!

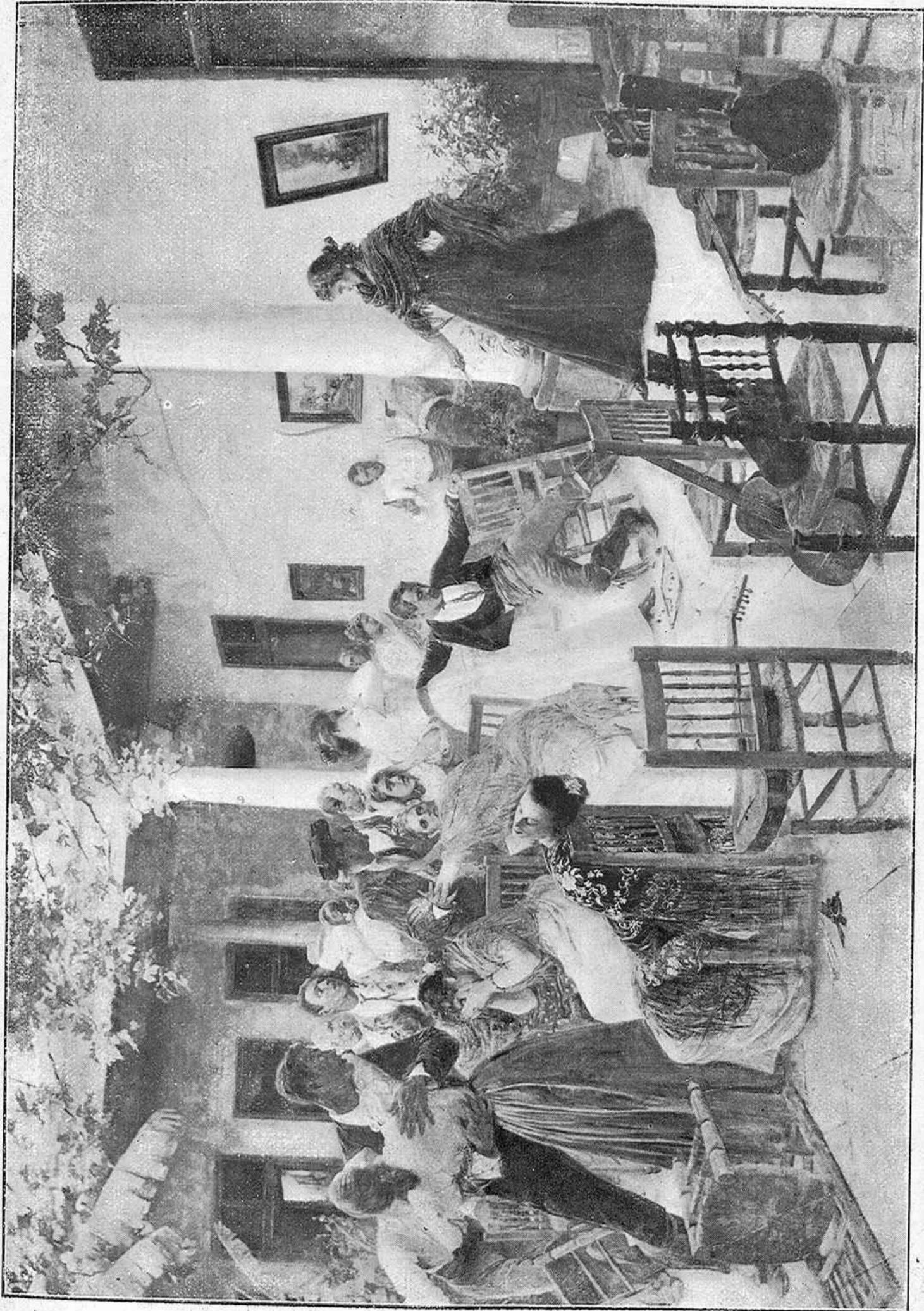
—¡Mala persona!

ANTONIO CASERO



Dibujo de J. Passos.

C. ALVAREZ DUMONT



LA VENGANZA DE LA LOLA.



TEATRO de NOVEDADES



ARTISTA genial por excelencia y único en su género ha conquistado en pocos años universal reputación y realizado, según dicen, una envidiable fortuna. Muchos han intentado imitarle, pero, aparte de que toda imitación es deficiente, cuando no ridícula, ninguno ha visto coronada su pretensión ni siquiera con un éxito mediano. Y es que para el original trabajo de Frégoli requieren un sinnúmero de cualidades que sólo él reúne: talento y gracia natural, sólida instrucción, ductilidad extraordinaria en la fisonomía, una garganta

privilegiada y un estudio ingenioso é incansante para la preparación de las rapidísimas transformaciones en que, como por arte de magia, va presentándose ante los ojos del asombrado espectador. Recientemente circuló con harto fundamento la noticia de que se hallaba enfermo de tal gravedad, que su vida corría peligro. Por fortuna triunfó la robustez de su naturaleza y hoy, completamente repuesto, deleita una vez más con sus variadas creaciones á los barceloneses, que le rinden nueva cosecha de aplausos, llenando cada noche la platea del teatro de Novedades.

FRÉGOLI



Dibujo de GASPAR CAMPS.

NOTA. En el siguiente número se publicarán otras varias transformaciones, escogidas entre las de su repertorio moderno.

Fotografías de A. Esplugas.

DESDENES Y AMORES

(RELATO VERÍDICO)

ERA aquella una deliciosa tarde de primavera. Las músicas militares atronaban el espacio con sus alegres paso-dobles.

Un gentío inmenso se congregaba al paso de los regimientos de León y San Fernando, que iban á salir de Madrid para Cuba.

La amplia nave de la estación del Mediodía rebosaba de gente.

Arriba, en el paseo de Atocha, miles de personas contemplaban el interior de la estación, con cierta envidia, por no haber podido lograr un puesto en ella.

Los regimientos penetraron en el andén, donde ya los esperaban formados los dos trenes que habían de conducirlos al punto de embarque.

Un aplauso atronador, inmenso, saludó la llegada de aquellos valientes.

Entre los soldados, prontos á partir, hallábase un mozo de gallarda presencia y aire distinguido, Luciano Sandoval, quien tenía entre sus manos, estrechándolas con el mayor cariño, las de una anciana de blancos cabellos.

Ambos procuraban consolarse.

La madre, de un amor sin esperanza, que mataba á su pobre hijo, enamorado de una señorita de elevada posición; el joven, de su voluntaria partida á Cuba, donde se ponía en duda el valor de los hijos de la noble España.

No lejos de ellos, con la sonrisa en los labios, una elegante dama, acompañada de sus padres, despedía también á un amigo, jefe de uno de los regimientos prontos á marchar.

La anciana levantaba de tiempo en tiempo los ojos y los fijaba, ora en su hijo, pálido como un difunto,

ora en la joven, que sonreía al militar, y que ni una sola vez volvió la cabeza hacia ellos.

Y sin embargo, aquella hermosa señorita había amado á su Luciano; pero su hijo era un modesto empleado y en breve le dió al olvido...; ¡como si el ser pobre fuera una deshonra! El, no; él guardaba para ella ese amor de los veinte años que ninguna mujer debe rechazar porque es uno de esos amores que suelen durar toda la vida.

Cuando Luciano se convenció del olvido de Clara Montellano, tan sólo pensó en morir; pero demasiado valeroso para apelar al suicidio y juzgando que el hombre más infeliz puede ser útil á su patria, sentó plaza en el regimiento de León, decidido á encontrar en la manigua, la vida, con una posición que ofrecer á Clara, ó el descanso eterno, con una muerte gloriosa, es decir; peleando y muriendo por su patria y por su amada, como los antiguos paladines de la Edad Media.

Su madre no se opuso, aún quedando en la más triste soledad y dura pobreza. Primero era su hijo. No quería verle morir de hastío y de pena; y luego... ¡quién sabe si en otras tierras y ante los azares de la guerra podría olvidar!

Llegó la hora de la marcha.

A la voz de sus jefes, los soldados entraron rápidamente en los coches, las portezuelas se cerraron con estrépito, las músicas dieron al viento la patriótica *Marcha de Cádiz*, los hombres se quitaron sus sombreros y sus gorras, las mujeres agitaron los pañuelos, y al ponerse los trenes en movimiento estallaron prolongados y entusiastas vivas á España, de los paisanos, y promesas y juramentos de vencer ó morir, de los soldados.

Después... nada.



* * *

Han transcurrido algunos meses.

La bandera roja y gualda no ondea ya en las fortalezas de la Habana.

Nuestra escuadra ha sido destruída.

Santiago de Cuba ha capitulado.

España ha sido vencida, y no por falta de valor de sus heroicos hijos.

En una de las fondas situadas á orillas del río Manzanares y cerca de la poética ermita de San Antonio de la Florida, que guarda los famosos frescos del insigne Goya, se hallan celebrando el santo de Clarita Montellano varias familias amigas.

Clarita se dirigió tranquila y sonriente á su coche; y la madre de Luciano se encaminó á su casa y arrodillada al pie de la cama de su hijo le encomendó al Crucificado, padre de todas las criaturas.

Todo es animación y alegría.

Una escogida orquesta ejecuta las más bellas composiciones.

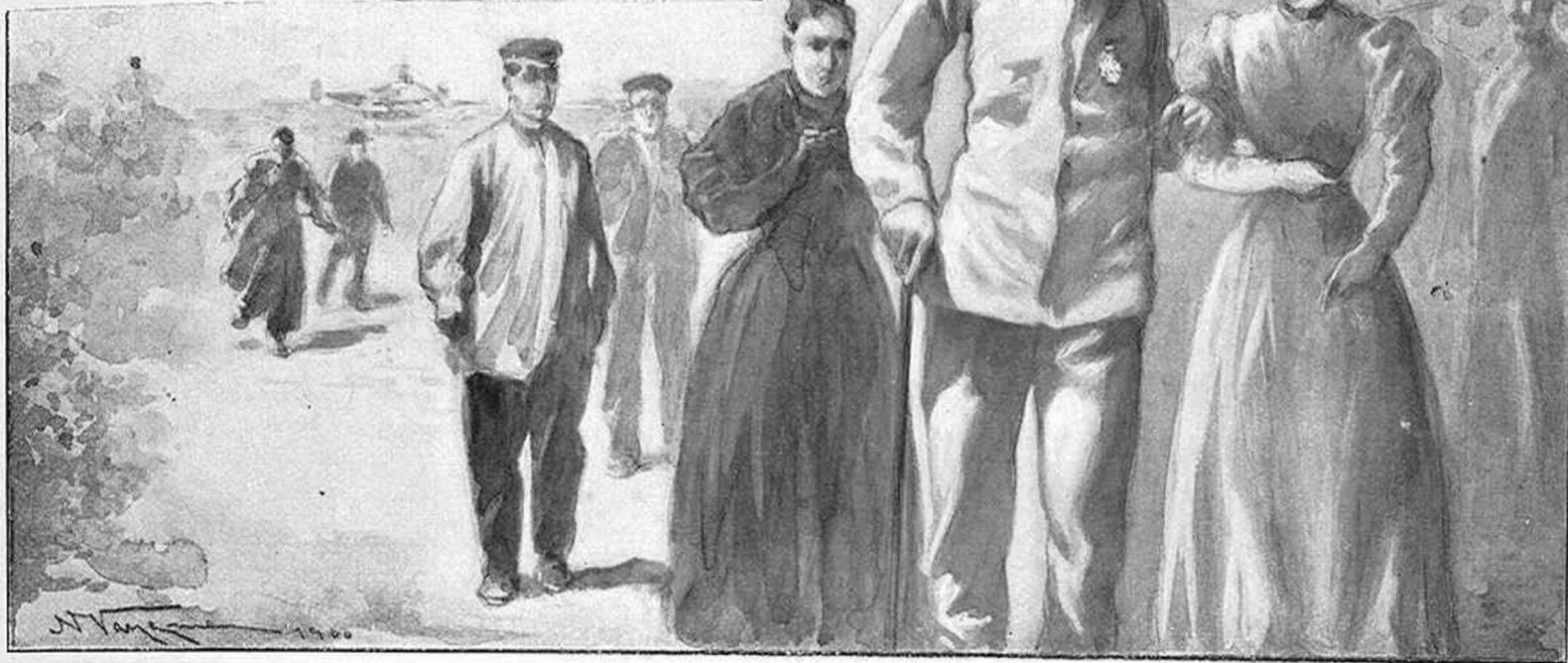
Algunas parejas bailan al aire libre bajo las frondosas alamedas; varias señoritas y caballeros juegan á las cuatro esquinas, mientras que otros se solazan en los columpios entre risas y bromas.

¡Qué cuadro tan lleno de animación y de alegría!

El sol parece querer tomar parte en la fiesta é ilumina con sus ardientes rayos la frente de la hermosa Clara, á la que todos los caballeros dirigen los más delicados cumplimientos, consagran las más encantadoras frases, y ofrecen las más lin-

das y perfumadas flores, no faltando alguno que deslice en su oído protestas de cariño y juramentos de amor que ella acoge con encantadoras sonrisas.

¿Sería su prometido? ¡Quién sabe!



La corneta primero y el penetrante silbato de la máquina después, anunciaron la proximidad de un tren.

Era un convoy de repatriados que llegaba de Santander.

Se había dispuesto que se detuviese en el paso-nivel de San Antonio de la Florida, y que allí bajasen los soldados, ignoramos si por estar ocupadas las vías de la estación, ó porque los viajeros que iban á salir no viesan á los repatriados.

Tan sólo algunas familias y amigos los esperaban con el rostro pálido y las lágrimas prontas á saltar, porque ignoraban cómo iban á ver al sér querido que meses antes despidieron lleno de salud y vida.

Llegó el tren.

Al grito de los repatriados respondió el de sus familias. ¡Fué aquello un poema de risas y lágrimas, de dolores y juramentos!

¡Cuánto desengaño! ¡Qué de esperanzas perdidas!

Unos, casi ciegos; otros, mancos; muchos, cojos ¡Todos inútiles, tiritando de frío bajo un sol de Agosto!

La triste caravana se puso en marcha.

Las gentes que por aquellas alamedas transitaban se iban parando á su paso, contemplando con honda pena tanta desdicha.

Aquellos no eran hombres, sino esqueletos.

En el último grupo venía una pobre anciana, la madre de Luciano, y su hijo, que ostentando en su

pecho la cruz de San Fernando, se arrastraba penosamente, ayudado de su infeliz madre.

¡Oyese un grito, un grito agudo y penetrante!

De entre aquellas jóvenes, que celebraban con tanta alegría el día de su santo, parte la hermosa Clara, la heroína de la fiesta, y apartando dulcemente á la anciana y echando sus brazos al cuello de Luciano, exclama con un acento lleno de ternura y de amor:

—¡No, madre mía... no... Esta carga es muy pesada para usted, y para mí muy ligera. Además quiero hacer mi aprendizaje... De hoy más el brazo de su esposa será el apoyo de mi querido Luciano!

Y mientras que la anciana sonreía de júbilo, el joven militar llenaba de besos aquella mano que en adelante debía de ser su más firme apoyo.

Las gentes abrían calle con el más profundo respeto y la más tierna simpatía á aquella hermosa y elegante señorita que llevaba del brazo al macilento y casi inútil soldado, rozando con su delicado traje de seda la vieja guerrera de rayadillo del repatriado.

¿Qué pudo ocurrir para aquella transformación de Clara? Despreció, al partir, al gallardo mancebo, y se apasionó por el mísero soldado. ¡Misterios del corazón femenino!

Con razón se ha dicho que la mujer, á imitación del sándalo bendito, tiene la dulce misión de perfumar todo cuanto toca.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.

CANTARES

Las lágrimas de mis ojos,
no pueden tener consuelo;
porque quien las enjugaba
se la llevó Dios al Cielo.

La pobreza no deshonra,
según opinión del vulgo;
pero tiene la desgracia
de oler mal á todo el mundo.

Le digo á mi serranillo
cuando le pido dinero:
—¡Qué bien te quiero, chiquillo!
chiquillo, ¡qué bien te quiero!
EUSTAQUIO CABEZÓN

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

RE RE

E. BERNABEU TORREGROSA.

CHARADA

Dos cuatro es muy buena chica
extremadamente hermosa,
su *una cuarta* es una rosa
y muchos dicen que es rica.

Su mamá la *dos primera*
t'es su *una dos* cada noche,
y los domingos va en coche
á pasear por la pradera.

Nadie á sus pies se ha rendido
de amor, y siendo ya *todo*,
por esto va de este modo
en busca de un buen partido.

ACRÓSTICO

```

o o o o o o o o o X o o o o o o
o o o o o o o o o X o o o o o o o
o o o o o o o o o X o o o
o o o o o o o o o o o X o o o o o o
o o o o o o o o o o o X o o o
o o o o o o o o o o o X
o o o o o o o o o o o X o o o o o o
o o o o o o o o o X o o o o o o o o
o o o o o o o o o X o o o o o o o o o
o o o o o o o o o X o o o
o o o o o o o o o X o o o o o o
    
```

Substituir los ceros por letras, de modo que leídas horizontalmente digan nombres de colaboradores del semanario que resultará de la línea vertical formada por las equis.

UN CHUPA TINTAS CATALÁN.

FRASE HECHA



CHARADA



TARJETA

TEODORO RIGAL FÉ

Formar con estas letras el apellido de un conocido artista y el título de una opereta de su escogido repertorio.

UN RUBIO.

CURIOSIDAD ARITMÉTICA

¿Por qué cifras hace falta multiplicar, sucesivamente, el número

12.345,679

para obtener como productos cantidades compuestas exclusivamente de cifras iguales, *unos, doses*, etc.

VÍCTOR.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 27:

Jeroglíficos comprimidos. — Ostras verdes. — Enero tiene 31 días.

Logogrifo numérico. — Tintorería.

Jeroglífico. — Verso.

Frase hecha. — Echar el trillo por las piedras.

Problema. — Edad del padre, 64. — Edad del hijo, 32.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



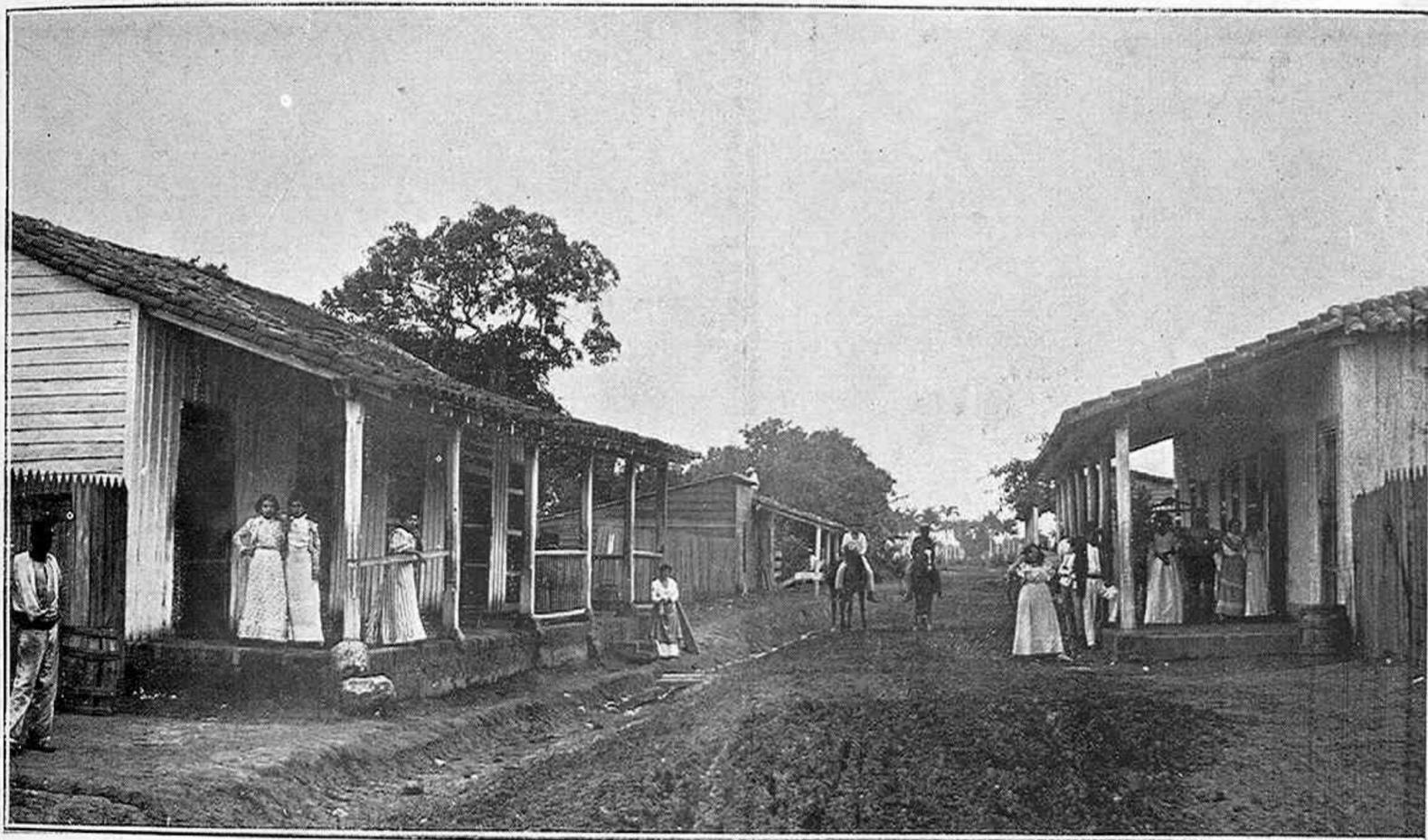
1.—¿Y á quién he de prohibir la entrada?
—A todo el que pretenda entrar.



2.—Eh, caballero, no se puede pasar.
—Pero si yo no pretendo entrar.



3.—¡Ah! ¿no? Entonces pase usted adelante.



UNA CALLE DE GUINES (Hibana).

Fot. Ramón Corral.



1.—Esta es la única manera de saldar mis trampas.



2.—¡Desgraciado! Hay que salvarle á toda costa.



3.—Me debe usted la vida.
—¡Dios mío! ¡una deuda más!

En Vente chez tous les Libraires PRIX 3^{fr} 50



Roman Moderniste

PAR

Félicien CHAMPSAUR

E. DENTU · EDITEUR, 3, Place de Valois, PARIS ·

Cartel publicado por la casa E. Dentú, de París, para anunciar la novela modernista de Feliciano Champsaur: «L'amant des danseuses.»

SERIE I.^a

NÚM. 29